

**RICARDO LEVENE: POLÍTICAS DE LA
HISTORIA Y DE LA CULTURA. 1930-1945;**

de Eduardo A. Escudero,
Córdoba, Ferreyra editor, 2010.

OLGA ECHEVERRÍA

CONICET / Universidad Nacional del Centro
de la Provincia de Buenos Aires

La figura y la trayectoria intelectual de Ricardo Levene han sido analizadas (con mayor o menor centralidad) en diversos trabajos que dan cuenta de la dinámica de la historiografía argentina contemporánea. Esos enfoques, en su amplio espectro, son estudiados críticamente por Eduardo Escudero en su libro. Así, analiza las expresiones celebratorias sobre Levene, atendiendo a los prólogos escritos para sus obras por otros referentes de la historiografía y el pensamiento de la primera mitad del siglo XX (insertándolos en el proceso de profesionalización e institucionalización de la historia argentina), y en trabajos dedicados específicamente al estudio de la producción histórica (son examinadas las perspectivas de Juan Rojo, Rómulo Zabala, Arturo Capdevilla, Rómulo Carbia y Ricardo Caillet-Bois) tanto como los estudios que expresan un análisis que trasciende lo laudatorio, lo biográfico y lo nominativo (Horacio Cuccorese, Nora Pagano, Miguel Galante, Diana Quattrocchi, Martha Rodríguez, Omar Acha, Alejandro Blanco, Talía Gutiérrez,

Jorge Myers, Alejandro Cattaruzza). El recorrido de Eduardo Escudero en relación a las representaciones y exploraciones sobre Levene no descuida las voces de aquellos que, desde posicionamientos políticos e ideológicos radicalmente opuestos (Antonio Caponetto y Norberto Galasso), cuestionan y censuran su patrocinio de la historia oficial mitrista.

No obstante, el libro de Eduardo Escudero supera largamente el análisis de la historiografía contemporánea y pone el acento en la indagación, con notables y plausibles resultados, del historiador-orador que desarrolló e impulsó una política de la historia y de la cultura interesado en mantener discursiva y prácticamente un *statu quo* historiográfico. De tal modo, el libro que aquí se reseña, se ocupa de Ricardo Levene en tanto agente cultural concreto, observando su accionar público entre los años 1930 y 1945.

El período investigado es ya de por sí significativo, puesto que no siempre ha sido considerado en su propio alcance y trascendencia sino que, como se sabe,

muchas veces ha sido pensado sólo como preludio de los procesos posteriores. En este sentido, es muy interesante la exploración del campo cultural, en rigurosa y profunda relación con el contexto socio-político, que realiza el autor y que permite seguir acrecentando los conocimientos sobre esos años complejos y dinámicos de la historia argentina.

Es precisamente en ese proceso rico, denso y revelador, que estuvo signado por el retorno del conservadurismo al poder pero también por profundas transformaciones económicas y sociales, donde Eduardo Escudero despliega su análisis para poder aprehender la figura no menos compleja de Ricardo Levene. Y lo hace no sólo tratando de captar la faceta historiográfica sino esencialmente su carácter de militante –y dirigente– cultural, muchas veces negador de las mutaciones que se estaban produciendo y los conflictos que de ellas emergían.

Esta búsqueda original ha llevado al autor a prestar atención a fuentes que no fueron consideradas por los trabajos previos que se ocuparon de Levene. Escudero no desconoce, y maneja con pericia, la producción historiográfica de Ricardo Levene, pero su aporte más fructífero y donde puede encontrar los esfuerzos políticos y político-culturales de su objeto de estudio son los discursos pronunciados por Levene en actos académicos y culturales y donde claramente el historiador ha-

bla desde su lugar de autoridad y referente reconocido. Una legitimidad que ponía al servicio de un proyecto institucional (además de personal y profesional) y de una operación cultural y política sustentada en lo historiográfico. Esta perspectiva no sólo es interesante en cuanto evidencia un aspecto del accionar público de Levene no reconstruido hasta el momento, sino también porque dada la influencia de la figura estudiada permite adentrarse en los imaginarios y en las memorias históricas colectivas de la Argentina.

Dichas alocuciones, destinadas inicialmente a un auditorio selecto y restringido al campo cultural, pero luego editadas con la intención de alcanzar a un público más amplio, son interpretadas por Escudero como mensajes que conllevan los valores políticos personales pero también colectivos e institucionales que animaban el debate y la práctica cultural del período. Resulta relevante el entramado que logra reconstruir el autor a partir de la articulación de la dimensión personal del pensamiento «leveneano» y las realidades políticas y culturales, mostrando, de tal modo, la tensión entre la reiterada enunciación de autonomía del historiador con respecto a la política y los lugares, concretos y simbólicos, que efectivamente ocupaba.

Ricardo Levene: políticas de la historia y de la cultura es un libro que puede enmarcarse en el campo de la producción historiográfica, pero también puede ser

considerado como un estudio propio del campo más amplio de la historia intelectual, por la perspectiva que lo guía, las preguntas que se formula y los documentos que inspecciona. En ese sentido, merece señalarse la indagación que hace Eduardo Escudero sobre las reflexiones de Levene relativas a su presente y al papel que debe jugar la historia en cada etapa de la sociedad. El espacio asignado a su tiempo en los discursos es escaso, sólo accidentales referencias sobre un mundo que está sumergido en una crisis profunda. Un mundo conflictivo, en palabras de Levene, del que la Argentina estaba ajena por la experiencia pacífica construida en el pasado heroico, por la superación de las diferencias políticas y la inteligencia manifiesta en la consolidación de la unidad interior. Como puede apreciarse el presente aparecía disimulado entre las referencias sobre el pasado y éste como legitimador de un orden alcanzado. El pasado, era concebido como indefectiblemente asociado a la tradición en tanto ésta emergía como forma de justificación del historiador pero también de los procesos que se analizaban. La voz del historiador era autorizada, era la voz de una ciencia dotada de técnicas al servicio de la verdad. Por lo tanto, lo que esas alocuciones proponían era la necesidad de pensar al historiador como un agente social comprometido —con la verdad—, como un servidor social y civil que des-

de instituciones definidas y haciendo conocer el pasado debía infundir amor a la patria, forma principal de mantener viva la aspiración ascendente de la historia. De tal modo, la historia y el ejercicio de construirla era «la conciencia del hombre culto» que se transformaba en un saber reflexivo a la vez que emotivo sobre los antepasados. La historia de la nación era fuerza inspiradora, formativa, educativa y estructuradora, la que debía dar continuidad a la tradición y, fundamentalmente, favorecer la permanencia de los valores culturales históricamente asumidos por el Estado. Como señala con mucha precisión Escudero, la tradición conservada en la historia nacional era garante también de un orden y un «perfil» cultural.

Fue con esas premisas que Levene desarrolló un intenso y exitoso accionar educativo y cultural, estrechamente relacionado con las nociones de identidad y arraigo patriótico. Como él mismo lo señalara, en un discurso de 1935, esa actuación era resultado de su carácter de «soldado de una milicia de la cultura». Esta autodefinición estrictamente relacionada con el posicionamiento discursivo y pragmático de Levene en torno al universo político es observada con agudeza por Eduardo Escudero. A diferencia de buena parte de sus colegas de la Nueva Escuela Histórica, Levene no ocupó cargos políticos ni hizo explícitas filiaciones partidarias. Es más, se instalaba por fuera

de la escena política, sin embargo esto no es suficiente para no advertir la íntima vinculación entre historia y política en su propia práctica (están para desmentirlo su rol de consejero del Gobierno nacional, su cercanía con el General Justo y la notable cantidad de instituciones que presidió) y, obviamente, en los valores que la sustentaban. Es en ese contexto, donde alcanza significado la reiterada, y muchas veces imprecisa, vinculación de conceptos tales como historia, patriotismo, nacionalismo, educación y proyecto social que fundaban sus discursos y que evidenciaban una perspectiva ideológica de cuño conservador. En las exposiciones de Levene, el pueblo era presentado como un colectivo ideal y homogéneo, culturalmente semejante e históricamente conciliado, es decir un cuerpo social uniforme, preconcebido por una nación preexistente. La historia veraz debía ser el sostén imprescindible de la política, en

tanto ciencia madre inspiradora de sentimientos patrióticos entendidos como guías de los actos de gobierno. A la historia tanto como la política les incumbía centralmente la tarea de generar la cohesión social necesaria. En ese sentido resulta muy acertada la definición que realiza Eduardo Escudero al aludir a Levene como un historiador de Estado.

En suma, se trata de un libro original y sólido por su abordaje y las fuentes trabajadas. Equilibrado y rico en su escritura y argumentación, aporta conocimientos sobre una de las figuras referenciales de la historiografía argentina de la primera mitad del siglo XX y sobre las dinámicas políticas y culturales del período. Permite además reflexionar, e invita al debate, sobre la relación entre los intelectuales, la política y lo político revelando las ambigüedades, inquietudes y condicionantes que afectan a los hombres de la cultura. Se trata entonces de un libro que merece ser leído.